

NEW LEFT REVIEW 129

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2021

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	Desigualdad y democracia	7
MICHAEL DENNING	Todos legisladores	33
JAVIER MORENO ZACARÉS	¿Euforia del rentista?	51
NICK BURNS	La política de Pessoa	75
MARCUS VERHAGEN	Arte y tiempo	103
PERRY ANDERSON	Timpanaro en la angloesfera	115

CRÍTICA

SASKIA SCHÄFER	Revoluciones contrastadas	130
ERIKA BALSOM	Visiones radicales del cine	141
TONY WOOD	Problemas en Ecuador	150
JOY NEUMEYER	Enterrar al Homo Sovieticus	160

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



PERRY ANDERSON

TIMPANARO ENTRE LOS ANGLOSAJONES

I

LA RECEPCIÓN DE UN pensador fuera de su propia cultura es siempre impredecible y a menudo paradójica¹. El caso de Sebastiano Timpanaro no es infrecuente. En sus propios escritos hay claramente dos culturas principales de referencia además de la italiana: la alemana y la francesa. Alemania: patria de la filología clásica, del materialismo histórico y del psicoanálisis, es decir, de los temas de sus grandes libros sobre Lachmann, Marx-Engels y Freud. Francia: patria del materialismo de la Ilustración y (antitéticamente) del estructuralismo del siglo xx. Así pues, Diderot y Holbach, objeto de algunas de sus lealtades más profundas; Saussure-Lévi-Strauss-Lacan-Althusser, objeto a su vez de sus ataques más devastadores. Más allá de tales hitos, Timpanaro tenía un amplio conocimiento de ambos paisajes intelectuales. Muchas otras figuras de esos países poblaban sus escritos: desde Schlegel, Bopp, Gödel, Meringer, Korsch y Brecht por un lado, hasta Laplace, Boutroux, Zola, Martinet y Sève por otro.

En comparación, Timpanaro apenas tenía puntos de contacto directo con la cultura inglesa. Las únicas excepciones reales se encontraban en el campo técnico de la propia filología: Housman, Dodds, Lloyd-Jones, Kenney. Más allá de esa área especializada, tenía pocas relaciones con la cultura inglesa como tal. La situación no era exactamente la misma respecto a la cultura anglófona en un sentido más amplio, ya que había una

¹ Versión editada de una conferencia pronunciada en la Scuola Normale Superiore de Pisa en 2001.

serie de lingüistas estadounidenses (Bloomfield, Sapir y Chomsky), cuyos textos conocía. Pero, en general, no hay duda sobre la distribución de su atención externa: el eje franco-alemán dominaba abrumadoramente.

2

Pero si este era el conjunto de los intereses de Timpanaro, casi puede decirse que la pauta de los interesados *en* el filólogo italiano fuera de su país fue la opuesta. En Alemania se había traducido su libro sobre Lachmann; pero ni *Sul materialismo* (1970) ni *Il lapsus freudiano. Psicanalisi e critica testuale* (1974) conocieron nunca una edición en alemán, ni, que yo sepa, se discutieron seriamente en Alemania o Austria. En Francia esa indiferencia fue aún más marcada, sin que apareciera hasta muy recientemente ninguno de sus libros². Su magistral polémica contra los abusos de Saussure y las mistificaciones de Lévi-Strauss o Althusser fue recibida en completo silencio. Para la vida intelectual parisina, Sebastiano Timpanaro podría no haber existido nunca. En Inglaterra, en cambio, con cuya cultura estaba mucho menos sintonizado, su obra filológica no sólo logró una influencia anterior y más notable, sino que sus dos libros más accesibles fueron no solo traducidos, sino que suscitaban animadas discusiones. ¿Qué es lo que explica esta sorprendente asimetría entre orientación y recepción?

Una respuesta tentadora sería que Inglaterra carecía de una poderosa herencia del idealismo filosófico moderno, comparable a las tradiciones hegelianas, neokantianas o croceanas contra las que se enfrentó Timpanaro. De ahí que el marco intelectual local fuera más hospitalario a sus ideas. Debe de haber *algún* elemento de validez en esa hipótesis, pero no puede ser decisivo, porque Inglaterra también carecía de una fuerte tradición de materialismo filosófico, al menos después de Hobbes. Su tradición principal era de hecho empirista, con un acento mucho más idealista (escéptico) que materialista, que se remontaba a Berkeley y Hume. Puede considerarse sintomático que en Inglaterra no se prestara una gran atención a Leopardi, comparable a la que encon-

² Finalmente, su obra filológica sobre Lachmann fue traducida al francés. La edición italiana original de *La genesi del metodo del Lachmann* se publicó en Pisa en 1963. Su traducción alemana apareció en Hamburgo en 1971. Su versión al inglés se publicó en Chicago en 2005. En Francia, *La genèse de la méthode de Lachmann* apareció en París en 2016, medio siglo después de su publicación en Italia.

tramos con respecto a Sainte-Beuve, Herzen o Gide, ni existiera ningún escritor comparable a él como Georg Büchner. Por eso el marco filosófico no era tan propicio.

Más revelador, sin duda, fue otra peculiaridad nacional. La tradición del marxismo *teórico* en Inglaterra era muy débil a diferencia de la corriente (extremadamente fuerte) de historiografía empírica inspirada en el marxismo, la cual carecía, sin embargo, de una consistente reflexión conceptual sistemática. No teníamos una Escuela de Frankfurt, ni un Sartre, un Lefebvre, un Gramsci o un Della Volpe, por supuesto. Lo que esto significó, a finales de la década de 1960, fue que Inglaterra se convirtió en una cultura de *importación* intensiva en lo que se refiere al marxismo, con un nivel general muy alto de traducciones de obras alemanas, francesas e italianas. Esta es la situación típica de una cultura marginal o subdesarrollada: un deseo de seguir y aprender lo que sucede en los centros avanzados de la producción intelectual. Tampoco había una fuerte resistencia local a *ninguna* variedad de pensamiento marxista «importado», porque no existía inversión previa en, digamos, la Escuela de Frankfurt, la Escuela de Budapest, la escuela de París o la escuela gramsciana, como las que a menudo bloqueaban la libre circulación de ideas extranjeras en otros lugares. En la Inglaterra de aquel periodo había en cambio una gran curiosidad, entre la generación más joven, sobre todas ellas. Desde mediados de la década de 1960 la revista que actuó como conducto principal para todas ellas fue la *New Left Review*, que realizó las traducciones, sin prejuicios, de las principales corrientes del marxismo occidental y, lógicamente, también de Timpanaro. Allí no existía en la izquierda una barrera atrincherada frente a sus ideas.

3

¿Cuál fue, entonces, la historia de la recepción de Timpanaro en Inglaterra? En la primavera de 1974 se tradujo en la *NLR* el ensayo inicial de *Sul materialismo*, un texto que había dado lugar a seis réplicas en los *Quaderni Piacentini*, donde se había publicado originalmente en 1966, a las que Timpanaro respondió en el segundo ensayo del libro. La presentación editorial de Timpanaro en los «Temas» de la *NLR* dio la bienvenida a su intervención, con una matización. En el mundo anglosajón, escribimos, los argumentos de Timpanaro estaban sujetos a una modificación local.

A diferencia de Italia o Francia, en Inglaterra y Estados Unidos el materialismo vulgar no es una presencia insignificante dentro de la ideología burguesa contemporánea: es una poderosa corriente dentro de ciertas disciplinas, que cuenta con una amplia difusión popular y cuya influencia ha aumentado en los últimos años, particularmente en los estudios sobre la raza y los problemas relacionados con ella. Los campos de la psicología y la antropología (Eysenck o Baker) son ejemplos obvios, junto con el auge de la llamada etología. Los frentes polémicos de la intervención marxista son, por lo tanto, más diversos que en el continente europeo y se corresponden más estrechamente con la situación original en la que se encontraban Marx y Engels en su lucha contra el carácter reaccionario del idealismo tradicionalmente arraigado y del materialismo genuinamente vulgar³.

Cuando, un año después, VERSO, la editorial vinculada a la *NLR*, estaba preparando la edición en inglés de *Sul materialismo*, Timpanaro recibió un conjunto de libros desde Inglaterra como prueba de que las formas agresivas de lo que Marx o Engels habrían llamado materialismo vulgar existían aquí, y que no se limitaban a Baker o Eysenck, sino que había que incluir también bajo su rúbrica a Skinner y la etología más reciente. La respuesta de Timpanaro se encuentra en la introducción a la segunda edición de *Sul materialismo*, que apareció por primera vez en inglés y luego en italiano. En ella admitía que había subestimado el potencial racista de las formas de biologismo contemporáneas y que él mismo distinguía entre el materialismo filosófico y cualquier tipo de conductismo; pero advertía que era un error descartar la etología como campo de investigación, con independencia de los usos erróneos que esta pudiera conocer. Concluía que para combatir las nuevas variedades de biologismo era inútil apelar a forma alguna de espiritualismo voluntarista; sólo un materialismo lúcido y coherente, que conociera sus propios límites, podía hacerlo.

4

Este primer intercambio entre Timpanaro y sus interlocutores ingleses fue seguido por un segundo intercambio, cuando la *NLR* publicó en el invierno de 1976 dos capítulos de *Il lapsus freudiano*, su discusión sobre la famosa omisión de *aliquis* del último adiós de Dido en Virgilio. En esta ocasión, seis colaboradores de la revista, incluidos dos de sus entonces editores, respondieron con sus contraargumentos en cuatro artículos titulados genéricamente «Comments on *The Freudian Slip*» publicados

³ Comité editorial, *NLR* 1/85, noviembre-diciembre de 1974.

en la *NLR* 1/94⁴. Entre los jóvenes críticos de Timpanaro se hallaban figuras luego destacadas de la vida intelectual británica: dos de nuestras teóricas feministas más brillantes y nuestro principal crítico de cine. El debate giró en torno a dos cuestiones principales. En primer lugar, ¿tenía derecho Timpanaro a asimilar los lapsus *freudianos* a banalizaciones textuales, dado que – argumentaban sus críticos– los primeros son casos en los que el sujeto habitualmente sabe que ha equivocado la enunciación correcta, mientras que en el último no existe tal conciencia? En segundo lugar, ¿no había pasado por alto Timpanaro la teoría freudiana de los *Begünstigungen*, que podría explicar por qué la represión inconsciente se aferraría al «eslabón débil», *aliquis* en el caso en cuestión, de una cadena textual –es decir, algo intrínsecamente *susceptible* de banalización– para irrumpir en la expresión? En resumen, ¿no había descuidado la noción de Freud de sobredeterminación? ¿No era su ataque a Freud, achacando al psicoanálisis la infalsabilidad, peligrosamente populista?

Era típico de aquella época que las provocativas tesis de *Sul materialismo*, atacando prácticamente todo el corpus del marxismo occidental como idealista, suscitara reacciones menos enérgicas en la izquierda inglesa que las críticas de Timpanaro a Freud. Timpanaro no tuvo dificultad en responder, de manera ecuánime pero firme, a sus críticos. Inició su réplica con la siguiente observación irónica:

Si tuviera que dar una definición lo más concisa y precisa posible del «marxista occidental» típico, yo diría: «Alguien que está firmemente convencido de que Freud siempre tiene razón». No, «Freud» no es un desliz para referirme a «Marx». Realmente me refiero a Freud. En lo que respecta a Marx, y más aún a Engels o Lenin, el marxista occidental típico tiene muchas reservas. Algunas son correctas (ya que, obviamente, los fundadores del materialismo histórico no eran infalibles y eran muy conscientes de que habían dejado muchos problemas sin resolver, sin estar tampoco en condiciones de prever muchos fenómenos nuevos que solo aparecerían después de que ellos hubieran muerto); otros se deben al «revisionismo» en el sentido negativo del término, es decir, a la influencia de la ideología burguesa. En lo que respecta a Freud, sin embargo, hay muchas menos reservas; de hecho, a menudo no hay ninguna en absoluto.

Después de señalar esta anomalía, proseguía: «Por eso no me sorprende que la publicación en la *NLR* 1/91 de dos capítulos de mi *Il lapsus freudiano*

⁴ Jacqueline Rose; Juliet Mitchell y Lucien Rey (Peter Wollen); Alan Beckett y John Howe; y David Rumney: «Comments on *The Freudian Slip*», *NLR* 1/94, noviembre-diciembre de 1975, pp. 74-84.

haya provocado un verdadero torrente de réplicas (véase la *NLR* 1/94), expresando no solo desacuerdo, sino indignación ante la aparición en una revista marxista tan seria de un texto tan ilógico, mal informado y reaccionario. En todo caso, prefiero con mucho la franqueza animada y polémica de estos camaradas ingleses al silencio “diplomático” con el que, salvo contadas excepciones, la prensa italiana de izquierda ha saludado mi obra»⁵.

5

En una carta a la *NLR* escrita en esos momentos, Timpanaro comentó entonces que sus críticos conocían bien el trabajo de Freud y que, como era su derecho, creían apasionadamente en la verdad de su doctrina, pero se habían apresurado un poco al juzgar *Il lapsus freudiano* basándose únicamente en el extracto publicado en nuestra revista. Concluía diciendo que esperaba un debate más amplio cuando apareciera en inglés el libro completo. Como cabía esperar, la consideración más sustancial de *Il lapsus freudiano* apareció también en la *NLR*, cuando la revista le pidió a Charles Rycroft que revisara el libro. Rycroft era entonces quizá el psicoanalista en ejercicio más conocido en Gran Bretaña, uno de los principales discípulos de Winnicott y antiguo miembro prominente de la British Psychoanalytical Society. Durante la década de 1960, sin embargo, había llegado a la conclusión de que esta última era un medio demasiado endogámico y poco exigente, y que la tradición freudiana en su conjunto no era suficientemente sensible a los hallazgos de la psicología experimental, así como a las intuiciones de la inteligencia poética. Como figura de amplia cultura, nos parecía el juez ideal de la exposición sobre Freud hecha por Timpanaro.

Sorprendentemente, la reacción de Rycroft fue mucho más favorable que la de los jóvenes escritores de izquierda que habían respondido inicialmente a *Il lapsus freudiano*. Como analista profesional, declaró: «En general me ha convencido la demostración de Timpanaro de que la teoría de los deslices de Freud hace aguas y revela más sobre su medio social que sobre verdades psicológicas»⁶. Rycroft aprobó cuatro de los principales argumentos de Timpanaro en contra de la explicación de Freud de los lapsus verbales. De hecho, agregó otro precedente de su propia experiencia

⁵ Sebastiano Timpanaro, «Freudian Slips and Slips of the Freudians», *NLR* 1/95, pp. 45-46.

⁶ Charles Rycroft, «Freud y Timpanaro», *NLR* 1/118, noviembre-diciembre de 1979, p. 81.

clínica y de una admisión del propio Freud no observada por Timpanaro: «[...] que es tan fácil (o difícil) obtener cadenas asociativas conducentes a preocupaciones inconscientes u ocultas significativas al presentar a alguien palabras, imágenes o números, como si le pide que las asocie a un desliz que ha cometido o a un número que él mismo ha elegido».

Rycroft fue más allá, respaldando las críticas de Timpanaro a la noción de Freud del inconsciente como cosificado y a la omisión de Freud de las ansiedades biológicas –sobre todo el miedo a la muerte, propia o ajena– como motivación central de deslices involuntarios, sueños o síntomas. Comentó: «Si Timpanaro y yo tenemos razón en esto, la exclusión de su esquema de cosas de la fragilidad por parte de Freud debe de ser una defensa, tal vez contra la misma admisión de la propia fragilidad. Encuentro tentador conjeturar que el “sistema” freudiano, en el que todo se remite a los propios deseos y a la propia biografía personal, contiene una defensa elaborada pero oculta de una ilusión de la autonomía total del yo, una ilusión típicamente burguesa, podría decir Timpanaro, y una negación de la medida en que somos criaturas de un destino biológico e histórico. Cuando Freud, después de la Primera Guerra Mundial, también tuvo que reconocer que estaba envejeciendo, elaboró su teoría del instinto de muerte, según la cual la destructividad, la decadencia y la muerte siguen siendo nuestros propios deseos, no el efecto de los procesos sociales y biológicos que somos impotentes para resistir»⁷.

Por otro lado, Rycroft se mostró más escéptico ante la insistencia de Timpanaro en que Freud también había suprimido injustificadamente las ansiedades sociales –los miedos burgueses a la rebelión proletaria o a la agitación popular–, de su análisis de los actos fallidos. «Todos los niños, y de hecho la mayoría de los adultos, son incapaces de distinguir entre la realidad social y la realidad del mundo natural, y la posibilidad de cambios radicales en la estructura de la sociedad les parece tan irreal como la posibilidad de un terremoto en un país en el que no ocurren. Como consecuencia, la evidencia de la posibilidad de un cambio social violento tiende a evocar incredulidad, no ansiedad. Y así, los refugiados y exiliados suelen huir mucho después de que los hechos objetivos hayan demostrado lo ineluctable de la situación, al igual que aquellos que disfrutaban de un alto nivel social en el país de origen a menudo no parecen creer realmente que lo hayan perdido»⁸.

⁷ *Ibid.*, p. 85.

⁸ *Ibid.*, pp. 84-85.

La vindicación por parte de Rycroft de Timpanaro tenía no obstante sus matices. Aunque estaba de acuerdo con prácticamente todas las restricciones señaladas por este al propio Freud, agregando incluso otras propias, insistió en que el psicoanálisis, tal como se había desarrollado desde Freud, ya no se correspondía con la imagen que Timpanaro tenía de él. Por supuesto, en este caso hablaba como miembro principal de la «British School» derivada de la obra de Melanie Klein, en cuyo nombre defendió la importancia central de la transferencia –un mecanismo totalmente descuidado por Timpanaro– y de la relación del niño con la madre más que con el padre. Rycroft concluía con una irónica nota amistosa, volviendo al marxismo de Timpanaro. «Por último, debe ser cierto que el psicoanálisis surgió y cobró la forma que adquirió en respuesta a situaciones sociales específicas y que dejará de ser algo más que un asunto de interés histórico si en algún momento se eliminan esas tensiones; una psicología que asume la universalidad de la neurosis dejaría de tener sentido en un mundo en el que la única fuente de ansiedad fuera la mortalidad del hombre y su fragilidad biológica. Pero como, por circunstancias imprevistas, la revolución parece haber sido pospuesta indefinidamente, los psicoanalistas y los psicoterapeutas contemporáneos pueden, a mi juicio, seguir trabajando sin ser molestados indebidamente». Un marxismo leopardiano del tipo que él creía que defendía Timpanaro tenía atractivos innegables, pero «como los mejores vinos italianos» no soportaba bien los traslados. «Quizá en Inglaterra deberíamos cultivar un marxismo inspirado en Blake o Coleridge, pero la unión de los dos componentes requeriría la eliminación de una gran cantidad de madera muerta, como supongo que está haciendo Timpanaro al inyectar Leopardi en Marx»⁹.

6

Al encargar a Rycroft que revisara *Il lapsus freudiano*, la NLR había concebido la idea de una revisión recíproca por parte de Timpanaro del libro de Rycroft *The Innocence of Dreams* (1979), en el que este había argumentado que los sueños deberían considerarse no como síntomas neuróticos nacidos de la represión (como había sostenido Freud), sino como expresiones nocturnas de la imaginación involuntaria en otro tiempo celebrada por Jean Paul o Coleridge. Timpanaro, en cambio, aunque nos dijo que el artículo de Rycroft era «inteligente y agudo y [que] nada pare-

⁹ *Ibid.*, pp. 88-86.

cido había aparecido en Italia sobre mi librito», se negó firmemente a hacer como intercambio una reseña de Rycroft¹⁰. «No puedo escribir lo que no sé cómo escribir. No es una cuestión de pereza o de mala voluntad, sino de incapacidad»¹¹. La razón que dio de esa incapacidad arroja una luz reveladora sobre el sentido de la responsabilidad que aportaba a su crítica de Freud. «También hay algo más: el interés de mi trabajo sobre el *lapsus* radica en el hecho de que contrapuse interpretaciones alternativas a las interpretaciones freudianas habituales. No sabría cómo hacer lo mismo con los sueños: tendría que limitarme a mostrar que las explicaciones freudianas son en gran parte arbitrarias, sin tener mis propias explicaciones para contraponerlas a ellas»¹².

Cinco años después, Timpanaro envió a la *NLR* su ensayo sobre la «“fobia romana” de Freud», famosa como defensa de Freud contra sus intérpretes, en el que reivindicaba una lectura social más que edípica para explicar la desgana de Freud ante la perspectiva de viajar a la Ciudad Eterna. ¿Fue éste el único texto de Timpanaro publicado en otro idioma antes de que apareciera en italiano? No estoy seguro. En cualquier caso, cuando lo reeditó algunos años más tarde en Italia, como él mismo explicó, no solo corrigió varios errores de traducción sino que expandió el ensayo y le añadió una posdata política repleta de implicaciones sobre Oriente Próximo, más actual hoy que nunca. En el prefacio al volumen en el que aparecía, Timpanaro observaba con pesar que *Il lapsus freudiano. Psicanalisi e critica testuale* (1975) había corrido una extraña suerte en Italia, vendiéndose muy bien al principio y luego más lentamente, pero siempre en medio de un silencio total por parte de los psicoanalistas italianos, incluso de sus amigos personales. En el mundo anglosajón, como hemos visto, no fue así. Rycroft no solo discutió aprobadoramente el libro en profundidad, sino que en el mismo año en que «Freud's “Roman Phobia”» apareció en la *NLR* (1984) dos grandes filósofos le rindieron un hermoso homenaje en sendas obras publicadas ese mismo año: Adolf Grünbaum en *The Foundations of Psicoanálisis: A Philosophical Critique*, y David Archard,

¹⁰ S. Timpanaro, «[...] *intelligente e acuto, in Italia non è uscito niente di simile sul mio volumetto*», carta del 14 de septiembre de 1979.

¹¹ «Non posso scrivere cio che non so scrivere. Non si tratta di pigrizia né di cattiva volontà, ma di incapacità»; carta del 14 de septiembre de 1979.

¹² «C'è ancora una cosa: l'interesse del mio lavoro sul *lapsus* consisteva nel fatto che contrapponevo alle interpretazioni freudiane interpretazioni alternative. Per il sogno no saprei fare ciò: dovrei limitarmi a dimostrare che le spiegazioni freudiane sono in gran parte arbitrarie, ma non avrei mie interpretazioni da dare»; carta del 14 de julio de 1979.

en su importante obra *Consciousness and the Unconscious: Problems of the Modern European Thought*, que, después de examinar la teoría de Freud, la crítica de Sartre y las derivaciones de Freud efectuadas por Lacan y Laplanche, termina con un capítulo sobre Timpanaro, a quien Archard consideraba el más persuasivo y poderoso de todos los críticos de Freud.

7

Hasta ahora no me he referido a la recepción de Timpanaro en el mundo anglosajón como classicista o lingüista histórico, para lo cual carezco de la competencia necesaria. Pero incluso como lector lego, me pregunto, sujeto a corrección, si en ese campo la principal audiencia de Timpanaro en el extranjero no se verificó también en Inglaterra. Timpanaro señaló hacia el final de su vida, comentando la carrera de su amigo Franco Munari en Berlín, que después de la guerra, Alemania se había vuelto, filológicamente hablando, algo provinciana. Inglaterra se había beneficiado, por supuesto, de lo que Alemania había perdido al hilo de la llegada de Fraenkel, Maas y Pfeiffer. En todo caso, ya a finales de la década de 1970, mucho antes de que su trabajo sobre el materialismo o el psicoanálisis llegara a nuestras costas, E. J. Kenney había dedicado sus *Sather lectures* en Berkeley a Timpanaro, sin cuyo ejemplo, dijo, «este libro no se habría escrito»¹³. Basándose esencialmente en la investigación de Timpanaro sobre los precursores y coetáneos de Lachmann, Kenney llegó a un juicio aún más severo del propio Lachmann.

Tres años después fue Konrad Koerner quien consideró apropiado prologar su reedición de *Über die Sprache und Weisheit der Indier* de Friedrich Schlegel con una traducción al inglés del primer ensayo fundamental de Timpanaro sobre este autor y los orígenes de la lingüística indoeuropea¹⁴. En 1979 Hugh Lloyd-Jones, Profesor Regius de Griego en Oxford, dedicó un ensayo a la *La filologia di Giacomo Leopardi* de Timpanaro, que ofrecía un perfil generalmente laudatorio de nuestro autor a quien des-

¹³ Kenney fue Sather Professor en la Universidad de Berkeley en 1967-1968, donde pronunció esas conferencias, más tarde publicadas como *The Classical Text: Aspects of Editing in the Age of the Printed Book*, Berkeley (CA), 1974.

¹⁴ Friedrich Schlegel, *Über die Sprache und die Weisheit der Indier. Ein Beitrag zur Begründung der Altertumskunde*, ed. de E. F. K. Koerner (con un ensayo introductorio de Sebastiano Timpanaro: «Friedrich Schlegel and the Development of Comparative Linguistics in the 19th Century»), Ámsterdam, 1977.

cribía simultáneamente como «el más distinguido erudito clásico que ahora trabaja en Italia, una autoridad de primer orden sobre Leopardi y un teórico marxista de sorprendente originalidad, que pueden leer y admirar incluso los enemigos del marxismo», entre los que se contaba el propio Lloyd-Jones¹⁵. Gracias a este Timpanaro fue nombrado miembro extranjero de la British Academy.

8

Fuera del campo clásico, un tributo aún más significativo provino del gran pensador cultural británico Raymond Williams, entonces profesor de Teatro en la Universidad de Cambridge. Su ensayo sobre Timpanaro, que apareció en la *New Left Review* en 1978, permanece, al menos en los países de habla inglesa, como el intento más considerable de evaluar la gama de ideas fundamentales de Timpanaro. No podía haber dos temperamentos más disímiles. Williams, quien a lo largo de su carrera nunca entró voluntariamente en intercambios hostiles con otros, saludó el «modo de escribir de Timpanaro en el mejor sentido polémico». Williams agregó que encontraba «tan estrecha convergencia de intereses y simpatías que no era sólo un placer excepcional leer sus libros», sino esencial interactuar con ellos¹⁶. Su ensayo ofrece una evaluación simultánea de los argumentos de Timpanaro en los campos de la lingüística, el psicoanálisis y el materialismo.

El análisis de Freud por parte de Timpanaro, escribió Williams, bien podría haber suscitado reacciones negativas. «Las raíces ideológicas y el vocabulario del psicoanálisis son ahora muy profundos en la cultura occidental. La llegada de un tipo de escéptico como Timpanaro, que despliega habilidades analíticas muy similares a las de la “alta crítica” de la religión, parece repetir un momento anterior de la historia cultural»¹⁷. Por su parte, Williams saludó sin reservas *Il lapsus freudiano*, señalando solo que la crítica del psicoanálisis necesitaría reflexionar en el futuro mucho más que en el pasado sobre los hallazgos de la psicología experimental que había

¹⁵ Hugh Lloyd-Jones, *Blood for the Ghosts: Classical Influences in the 19th and 20th Centuries*, Londres, 1982, p. 105.

¹⁶ Raymond Williams, «Problems of Materialism», *NLR* 1/109, mayo-junio de 1978, pp. 3-17; reimpr. en Raymond Williams, *Problems in Materialism and Culture*, Londres, 1980, pp. 103-122.

¹⁷ *Ibid.*, p. 13; *ibid.*, cit., p. 116.

desdeñado. De manera similar, respondiendo a la crítica de Timpanaro a la lingüística postsaussuriana, recogida en su famoso ensayo «Lo strutturalismo e i suoi successori» incluido en *Sul materialismo*, Williams destacó su «magistral resumen de la crisis de la lingüística histórica que precedió a Saussure», y el «vigoroso y convincente» asalto a la extensión de los modelos lingüísticos más allá del propio lenguaje en el estructuralismo posterior. Las críticas de Timpanaro a Chomsky también eran contundentes, pero era necesario ir más allá de la crítica de las hipótesis científicas alternativas, en el espíritu de Vygotsky y de la primera lingüística soviética, sobre quienes, Williams sugería, Timpanaro no había reflexionado suficientemente.

Pero fue en el materialismo de Timpanaro sobre lo que se concentró principalmente Williams. A este respecto, escribió, era indispensable retener la idea fundamental de Timpanaro, expresada en su definición del materialismo como el «reconocimiento de la prioridad de la naturaleza sobre la “mente” o, si se prefiere, del nivel físico sobre el nivel biológico, y de este sobre el nivel socioeconómico y cultural: ambos comprendidos en el sentido de la prioridad cronológica (el largo tiempo que transcurrió antes de que la vida apareciera en la tierra y el transcurrido entre el origen de la vida y el origen del hombre) y en el sentido del condicionamiento que la naturaleza *todavía* sigue ejerciendo sobre el hombre y continuará ejerciendo al menos durante el futuro previsible»¹⁸. Pero la formulación de Timpanaro de esta idea fundamental quedaba abierta a objeciones importantes. Williams argumentó que era un error contraponer «naturaleza» a «ser humano» —«una separación y contraste desarrollados en gran medida durante los periodos de predominio del pensamiento idealista y humanista»¹⁹—, ya que seguimos siendo seres naturales. Tampoco era totalmente apropiada la insistencia de Timpanaro en el elemento insuprimible de la pasividad en la experiencia de nuestra condición natural, ya que esa condición nos constituye tanto como simplemente la soportamos.

Lo que realmente hizo el restablecimiento del materialismo por parte de Timpanaro fue plantear tres preguntas básicas. «En primer lugar, ¿cuál es el efecto de la evidencia científica de tipo físico, en particular el del sistema solar y de nuestro planeta y su atmósfera, sobre la proposi-

¹⁸ S. Timpanaro, *Sul materialismo*, Pisa, 1970, p. 7.

¹⁹ R. Williams, «Problems of Materialism», p. 6; *Problems in Materialism and Culture*, cit., p. 107.

ción (¿ideología?) de la “conquista de la naturaleza”, que a menudo se ha asociado con el marxismo? En segundo lugar, ¿qué factores de nuestra herencia evolutiva, si es que los hay, condicionan el proyecto (¿ideología?) de la liberación humana absoluta? Finalmente, ¿cuál es la relación real existente entre los proyectos de liberación humana presentados en términos colectivos e históricos y las condiciones físicas que determinan o afectan las vidas humanas individuales?²⁰.

Las respuestas de Williams a estas preguntas marcaron el grado de su convergencia y divergencia con Timpanaro. En el primer tema rechazó, junto con Timpanaro, cualquier visión triunfalista de la «conquista de la naturaleza», propia del capitalismo pero reproducida erróneamente en el socialismo, pero agregó, sin embargo, que hablar de nuestra «opresión por la naturaleza», como había hecho Timpanaro siguiendo a Leopardi, sólo invertía un vocabulario distorsionador desde el principio. Sobre el segundo tema, mientras que Timpanaro repudiaba las formas modernas de darwinismo social derivadas de la biología evolucionista, Williams argumentó que, genéticamente hablando, «el significado más profundo de una condición humana biológica relativamente inmutable se encuentra probablemente en algunos de los procesos materiales básicos de la realización del arte: en la importancia de los ritmos en la música, la danza y el lenguaje o de las formas y colores en la escultura y la pintura»²¹, ancladas en nuestra corporeidad.

Fue en la tercera cuestión en la que Williams expresó su mayor distancia de Timpanaro. A ese respecto, sostuvo, Timpanaro enfatizaba demasiado unilateralmente las dimensiones negativas de nuestra existencia física –vejez, enfermedad, muerte– a expensas de las dimensiones igualmente innegables de juventud, salud, actividad. Esta condición nos ofrece «abundantes posibilidades de realización física, que aunque se relaciona, por supuesto, con el carácter de nuestro orden social especial, no está totalmente determinado por él». Y proseguía:

Así, en una definición igualmente relevante de nuestra condición física básica tenemos muchas oportunidades de felicidad en el ejercicio de nuestros recursos físicos y, en ocasiones, más inmediatamente accesibles que en el proyecto de liberación social. En los países capitalistas avanzados, en nuestros días, ha sido muy amplia la deducción de prioridades de esta versión de las relaciones básicas. No sólo cuando miramos la cara a la muerte

²⁰ *Ibid.*, p. 8; *ibid.*, p. 107.

²¹ *Ibid.*, p. 10; *ibid.*, p. 113.

o a la discapacidad, podemos cuestionar o retractarnos del esfuerzo revolucionario. Ello también puede suceder cuando el amor sexual, el amor a los niños o los placeres del mundo físico se hallan inmediatamente presentes y lo están con mucha fuerza²².

Así pues, a juicio de Williams, se verificaba lo que consideraba como un desequilibrio emocional en el pesimismo leopardiano de Timpanaro. «La profunda tristeza de nuestra época se expresa plenamente en los recordatorios necesarios de nuestros límites físicos continuos. Sin embargo, las verdaderas fuentes de esta profunda tristeza seguramente son predominantemente históricas». A escala física, las posibilidades de felicidad se amplían objetivamente, ya que «más personas viven más tiempo, están más sanas y mejor alimentadas que en cualquier otro momento de la historia de la humanidad». Por otro lado, había «buenas razones –escribió– para postular un sentido de tragedia en la larga y sangrienta crisis del fin de un orden imperialista y capitalista»²³. Williams sugería así, por lo tanto, que el pesimismo materialista de Timpanaro era menos una respuesta plenamente equilibrada a nuestra suerte física, que una expresión desplazada de una premonición de nuestra suerte política. Si esa fuera realmente la discusión entre ellos, habría que decir que la hipótesis de Williams, esto es, que el «orden imperialista y capitalista» está de hecho agotándose y, por consiguiente, presagiando algunas conclusiones en última instancia menos sombrías, parece, retrospectivamente, bastante desesperada.

9

Permítaseme concluir subrayando nuevamente el elemento de extrañeza en el grado de atención –aún relativo, por supuesto– que Timpanaro recibió en Inglaterra. La distancia cultural entre los dos países, donde se formó y donde encontró lectores extranjeros, siguió siendo en muchos sentidos muy amplia. Cuando una vez le comenté que su hermoso libro sobre la novela *Primo Maggio* de Edmondo De Amicis no podía sino recordar a un lector inglés al William Morris contemporáneo de De Amicis y sus *News from Nowhere*, Sebastiano me respondió que nunca había leído nada de Morris, una figura central en nuestro siglo XIX anglosajón²⁴. Recíprocamente, cuando la *NLR* intentó una y otra vez incitarlo

²² *Ibid.*, p. 12; *ibid.*, p. 115.

²³ *Ibid.*; *ibid.*

²⁴ S. Timpanaro, *Il socialismo di Edmondo de Amicis. Lettura del «Primo Maggio»*, Verona, 1983; carta del 5 de abril de 1984.

a confrontar la figura y el uso de Nietzsche, en un espíritu similar a su tratamiento de Freud, se negó a ello.

He leído mucho (no todo) de Nietzsche, pero muy poco sobre Nietzsche; y me falta, en este momento, la energía y el deseo para dedicarme a una literatura tan vasta. El problema de Nietzsche debe manejarse con mucho cuidado. No hay duda de que los nietzscheanos de hoy –que, por el momento, no son tan numerosos ni tan ruidosos como los freudianos en Italia, pero que podrían llegar a serlo en un futuro próximo– deben ser combatidos; aunque, por otro lado, sin adoptar una visión tan esquemática y totalmente negativa de él como la de Lukács en *La destrucción de la razón*. Es necesario ver en Nietzsche también un crítico agudo de ciertos aspectos de la moral burguesa [...]. Entre un reaccionario satisfecho y “racional” como Benedetto Croce y Nietzsche, prefiero a Nietzsche, aunque manteniéndome a una gran distancia de él²⁵.

¿Cuál sería la mejor manera de definir esa «gran distancia»? Me gustaría concluir con una frase memorable de E. J. Kenney, comentando la biografía de Lachmann escrita por Hertz. «Reitera fervientemente y con frecuencia que la pasión dominante de la vida de Lachmann fue la verdad. Es dudoso que alguna vez haya existido un ser humano de quien se pudiera decir esto sin reservas»²⁶. Sebastiano Timpanaro habría disfrutado de esta seca versión anglosajona de una cualificación nietzscheana. Pero lo cierto es que le importaba la verdad en su acepción clásica más que a la mayoría de los seres humanos.

²⁵ «Ho letto molto (non tutto) di Nietzsche, ma troppo poco su Nietzsche; e non ho, in questo periodo, l'energia e la voglia di dedicarmi a tali vaste letture. Il problema di Nietzsche deve essere affrontato con molta attenzione. Senza dubbio gli odierni nietzschiani –i quali, in Italia, non sono, per ora, più numerosi e rumorosi dei freudiani, ma potrebbero diventarlo in un prossimo futuro– devono essere combattuti; ma, d'altra parte, non si può assumere rispetto a Nietzsche una posizione così schematica e totalmente negativa come quella di Lukács nella *Zerstörung der Vernunft*. Bisogna vedere in Nietzsche anche un critico acuto di certi aspetti della moral borghese [...]. Tra un reazionario soddisfatto e “razionale” come Benedetto Croce e Nietzsche, io preferisco Nietzsche, pur mantenendomi a grande distanza di lui», carta del 30 de enero de 1979.

²⁶ E. J. Kenney, *The Classical Text: Aspects of Editing in the Age of the Printed Book*, cit., p. 107.